¡¡MARIA!!

Ó

LA EMPAREDADA,

DRAMA ORIGINAL

EN CUATRO ACTOS Y UN PRÓLOGO,

POR

DON CÁRLOS CALBACHO.

Estrenado con aplauso en el teatro de Granada.

MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1864.

PERSONAS.	ACTORES.
MARIA	DOÑA MARIA ORTIZ.
ELOISA	D.ª PILAR BOLDUM.
UNA ESCLAVA	D.ª QUESADA.
TOMÁS	D. VICTORINO TAMAYO.
SIR ARTURO, de 6 años	STA. BALLESTEROS.
SIR ARTURO, de 20	D. ANTONIO VICO.
SIR ROBERTO	D. ANTONIO GALVAN.
DIKSON	D. MANUEL BEAS.
DOMINGO	D. CÁRLOS CALBACHO.
CABALLERO 1.º	D. ANTONIO MUÑOZ.
IDEM 2.º	D. RAMON ALCALDE.

Esclavos de ambos sexos, convidados, bailarines y acompañamiento.

Años 1800—1814. La accion en Jamaica.

PRÓLOGO.

Decoracion de mar: desde el proscenio se extienden las olas hasta el foro, las que deberán tener movimiento toda la escena para animar mas el cuadro: á la derecha una plataforma de rocas, encima una choza y una palmera. Noche; pausa.

ESCENA PRIMERA.

Aparecen por la izquierda, dentro de una barca, guiada por dos remeros negros, Roberto, Dikson y Domingo, y saltan en tierra los dos primeros.

ROB. (Á los remeros.) Meted todo el menos ruido posible.—Y qué, Dikson, ¿piensas que se negará á coronar mi esperanza, á apagar el fuego abrasador que siento correr por mis venas? ¡En verdad que no comprendo cómo se atreve á provocar mi enojo despreciando los ventajosos partidos que la he propuesto y rechazando las dádivas que la dispensaba!

DIKSON. Quizá se ha resistido hasta ahora porque solo habeis empleado, para alcanzar sus favores, medios de persuasion, súplicas, ruegos, lágrimas; no, no es ese el modo de presentarse el que es dueño de casi toda esta comarca: acostumbrados á obedecer, solo saben ser humildes. Si en lugar de haberse arrastrado á los pies de esa mujer, hubierais usado de vuestros fueros, ella hubiese obedecido. Creedme, sir Roberto; tratándose de esa raza, descendientes de Cain, ¡ay de la

mansa oveja si no trata de cubrirse con la piel de leon!

ROBERTO. Tienes razon, y voy á tomar tu consejo: está visto que con esa mujer nada pueden las súplicas; emplearé de hoy en adelante las amenazas, y si no ha cedido ante mis lágrimas, cederá indudablemente ante la fuerza. La noche está oscura como boca de lobo, y es muy difícil distinguirnos unos de otros, lo cual nos ayudará á llevar á cabo nuestro intento. Tomás no ha regresado todavia, tenemos tiempo pues. Oye, Dikson, para ponernos á cubierto de una sorpresa, recorramos el contorno de esa cabaña. Tú vendrás conmigo, pues no quiero separarme de tu lado, tal es el cariño que te profeso. Da las órdenes oportunas para que esten prontos á mi voz, y logre yo esta noche satisfacer la ardiente pasion que me devora. (Á una seña de Dikson, salta Domingo en tierra y hablan en voz baja.)

DIKSON. Domingo.

DOMINGO. ¿Qué mandais, caballero Dikson?

DIKSON. Acércate.

ROB. (Mirando por las rendijas el interior de la cabaña.) (Sola con su hijo, tan graciosa como altiva, pronto veré humillado ese orgullo, y ¡ay de tí, mujer, si todavia te resistes al logro de mis deseos!)

DOMINGO. Enterado: doy la vuelta alrededor y al momento estoy acá.

DIKSON. Sobre todo, sigilo.

DOMINGO. Si, ya estoy; sigilo, mucho sigilo. (Entrando en la barca, que desaparece por la derecha, y dirigiéndose á los negros.) Punto en boca y á callar.

ROB. Y nosotros, Dikson, examinemos el terreno. (Se van por la plataforma arriba.)

ESCENA II.

MARIA, luego ARTURO.

MARIA. Me pareció haber sentido los remos de una barca, pero sin duda me he equivocado: el ruido de las olas, que otras veces me distrae, hoy me asusta, y mi corazon me dice que me vá á suceder una desgracia.— No veo nada que pueda alarmarme alrededor sino

el mar bajo mis pies, y el cielo sobre mi cabeza, y sin embargo tiemblo y... ¡Ah! ¡qué idea! si ese hombre volviese á aparecer, si faltase á su palabra de no perseguirme mas! ¡Dios mio! y estoy sola, sola con mi hijo!... ah! Arturo!... Arturo!... y Tomás, que tardará todavia...

ARTURO. Me llamas, mamá?

MARIA. Ah! hijo de mi corazon!... no te separes de mi lado.

ARTURO. Qué tienes, mamá? Por qué me abrazas asi? Me haces daño!

MARIA. Ah! hijo del alma, tienes razon; soy una loca y te estoy afligiendo; pero creí que un hombre, un hombre infame nos separaba para siempre.

ARTURO. Separarnos, mamá! ah! no, yo no quiero que me dejes, que me abandones! ya sabes que yo soy aplicado: y ahora no, porque no puedo sacar la red del mar, pero en teniendo cuatro años mas, pescaré y me haré rico, y á tí no te faltará nada, nada, madre mia.

MARIA. Hijo de mi alma!! si tú llegas á ser rico, quizá yo no lo veré!

ARTURO. Si lo verás, ya sabes que el otro dia me dijeron que tenia ingenio, y el que tiene talento sabe enriquecerse.

MARIA. Pobre hijo mio!

ARTURO. Ya está aqui mi padre.

MARIA. Si, se oye ruido de remos; mas tan pronto!... ah! cuatro hombres, ven, hijo mio, huyamos.

ESCENA III.

DICHOS, DOMINGO y NEGROS.

DOMINGO. Ave Maria purísima, sin pecado concebida santísima. Buenas noches, señora Maria.

MARIA. Domingo!... á estas horas, qué es lo que buscas?

DOMINGO. Yo os lo diré, señora Maria, es un secreto, me han encomendado mucho el sigilo, y por eso no os lo debia de decir.

MARIA. Mucho me sorprende tu aparicion en la ribera, pero una vez que te han encargado el silencio... no debes... (Él hablará.)

DOMINGO. No, si no importa, yo no tengo secretos para mi buena Maria: ella, que me da tan buen aguardiente de

cuando en cuando... Pues sabed que... pero que no se os escape una palabra...

MARIA. Pierde cuidado.

DOMINGO. Pues sabed que... con que no se lo direis á nadie? eh?

MARIA. Á nadie.

DOMINGO. Ni á vuestro marido?

MARIA. Ni á mi marido.

DOMINGO. Pues siendo asi, os diré que hemos venido acompañando al amo Roberto y á Dikson; pero cuidado me llamo, porque mis costillas corren peligro si llegasen á saber que yo decia...

MARIA. Nada se sabrá: pero dices que el señor Roberto está aqui?

DOMINGO Si, señora Maria, pero no se lo digais á nadie aunque es lo pregunten... porque es un secreto...

MARIA. (Dios mio! Roberto en este sitio y á esta hora, no hay duda, alguna infamia oculta su venida.)

DOMINGO. No ha venido solo, le acompañamos nosotros, y todos traemos armas: ved qué precioso chuzo.

MARIA. Dios mio, mi pobre Tomás!...

DOMINGO. No tengais miedo, que si él no está, aqui estoy yo, que es lo mismo.

MARIA. Domingo, amigo mio, á qué venis á este sitio?

DOMINGO. Eso si que no os lo digo, es un secreto; me han encargado mucho el sigilo.

MARIA. Yo te lo ruego.

DOMINCO. No puedo complaceros.

MARIA. En nombre de Tomás.

DOMINGO. De Tomás!!

MARIA. Si; y por mi inocente hijo.

DOMINGO. Por su hijo?

ARTURO. Yo tambien te lo ruego, yo uno mis súplicas á las de mi madre.

DOMINGO. Á las de su madre!... pero...

ARTURO. Anda, sé bueno. (Cogiéndole la mano.)

DOMINGO. Mira, chiquillo, déjame en paz, yo bien quisiera... pero es un secreto... y...

MARIA. Voy á traeros un sorbo de aguardiente... (Váse.)

DOMINGO. Un sorbo de aguardiente!...

ARTURO. Y yo un bizcocho. (Váse.)

DOMINGO. Y tú un bizcocho? pues señor, ya me desarmaron. Está visto que tengo un corazon muy blando.

MARIA. ¡Ea! bebed.
DOMINGO. Y que está rico! Verdad?
NEGROS. Si, si.
DOMINGO. No griteis tanto, almas de chopo; no veis que todo esto es un secreto.
MARIA. Te juro no revelarle á nadie.
DOMINGO Pues siendo asi, os diré que venimos de caza.
MARIA. De caza?
DOMINGO. Si, de una gran serpiente boa, un culebron tamaño, que tiene su nido en esta isleta; el amo se ha propuesto cazarla, segun me ha dicho Dikson, y héte aqui que venimos protegidos por la oscuridad... pero, qué teneis? os habeis puesto pálida...
ARTURO. Es verdad, mamá, te pones mala?
DOMINGO. Qué... ¿teneis miedo á la serpiente? no os dé pena, que si viniera por aqui, yo con mi chuzo...
ARTURO. Estás mejor?
MARIA. Si, hijo mio.
DOMINGO. Vaya, me alegro: con que no dirás á nadie... Me alegro, porque el amo me ha mandado delante, como si dijéramos de explorador ó centinela avanzado. Pero, ya se vé, como yo he sido siempre un poquito miedoso, y estos dos que me acompañan no son nada de valientes, eché mis cuentas, y dije, cuánto mejor es que en lugar de ponernos al peligro del mar, aguardemos á que el amo venga en tierra firme? y dicho y hecho: pero nos vamos: con que buenas noches, señora Maria.
MARIA. Adios, hijos, y que él nos proteja.
DOMINGO. No olvideis que es un secreto cuanto os he dicho.
MARIA. Ven, hijo. Protégeme, Vírgen santa. (Domingo entra en la barca, seguido de los negros, y desaparecen. Maria y Arturo entran en su cabaña y cierran. El teatro permanece solo un rato. Las olas, cada vez mas agitadas, producen un ruido siniestro. Desde esta escena á la conclusion del acto la tempestad va en aumento. Completa oscuridad.)

ESCENA IV.

ROBERTO, DIKSON.

DIKSON. Cuidado no os resbaleis.
ROB. Oscura noche hemos escogido, Dikson.

DIKSON. Tanto como aquella en que, gracias al fuego de vuestros cañones, me disteis caza, voto á san Telmo.

ROB. Aun te acuerdas?

DIKSON. Mientras dure mi vida no se apartará de mi memoria aquella noche maldita. La mar estaba como ahora, la noche como esta, la tempestad arreciaba y el rayo rugia sobre nuestras cabezas. Vuestros cañones vomitaban por do quier la muerte, y estaba roto todo mi abordaje. Despues de un combate muy desigual, me ví cercado de cadáveres; en cuanto á lo demas ya lo sabeis.

ROB. Y no tienes confianza en mí.

DIKSON. Convengamos en que es mejor ser dueño que no esclavo.

ROB. Esclavo! No eres mi amigo?

DIKSON. Si, pero...

ROB. Bien; una vez que lo deseas serás libre pronto. Pero estamos ya en la choza de Maria, y tenemos que llevar á cabo nuestro plan.

DIKSON. Pues bien, ya que hemos dado la vuelta por esas breñas sin estrellarnos, de lo que me doy la enhorabuena, seria muy conveniente despachásemos cuanto antes esa endiablada comision, porque la mar se va poniendo fea, y temo mucho no podamos regresar sin ser descubiertos.

ROB. Si, apresurémonos; estoy resuelto á arrancarla de aqui esta noche, y aunque el mismo Lucifer se opusiera, aunque todos los elementos se conjurasen en contra mia para amedrentarme, no conseguirian hacerme cambiar de propósito. Oye, ocúltate con Genadí detrás de aquellas palmeras, y estad todos prontos á mi señal.

DIKSON. Serás obedecido.

ROB. Sé, mi fiel Dikson, el amor que me profesas, y no quiero mostrarme ingrato á tus grandes servicios. Ayúdame con igual celo en esta empresa que lo has hecho en otras, y pronto vendrá un dia en que serás dueño de tí: entre tanto séme fiel como hasta aqui, y no se hará desear la recompensa.

DIKSON. (Desgraciado de tí el dia de la venganza.)

ROB. Retírate y está pronto á mi voz; pero entre tanto...

DIKSON. Seré ciego y mudo.

ROB. Adios.

DIKSON. Él te guarde (ó mas bien el diablo, que es el que guarda á los suyos).

ESCENA V.

ROBERTO.

Anda, necio, secunda mis proyectos, comete por mi antojo toda clase de crímenes, sé mi esclavo, que el dia que me estorbes yo me desharé de tí, entregando á la justicia un asesino.—Hé aqui la casa... estoy solo... mi mano tiembla... ¡miedo yo! ¡vive Dios!! no, no es pavura... tiemblo de amor... (*Se acerca á la cabaña, va á llamar y se detiene, pero asaltado por la misma idea lo hace con voz extenuada y decrépita, diciendo.*) Dais hospitalidad á un extranjero, que perdido en estas costas no tiene donde ponerse á cubierto del furor de la tempestad?

MARIA. El pobre siempre encontrará abrigo en la casa del pobre.

ESCENA VI.

MARIA, ROBERTO.

ROB. Maria!

MARIA. Dios!... Sir Roberto!!

ROB. Si, Maria, sir Roberto que te ama, sir Roberto que despreciando el fuego de la tempestad y el furor de las olas, viene en tu busca solo por oir una palabra halagüeña, porque le des una esperanza que llene su vida de consuelo, por recoger de tu boca una sonrisa que haga su eterna felicidad.

MARIA. Nunca, en vano os cansais, señor; sé lo que una mujer honrada se debe á sí misma, y lo que debe al que ha partido con ella su lecho y su pan. Al unirme á mi esposo, depositó este con entera confianza en mí su honor sin mancha, único patrimonio que heredó de sus abuelos. Si algun dia, usando de su derecho, me pidiese cuentas, ¿qué iba yo á decirle? Cuando con voz de trueno me preguntara, qué hiciste de mi hacienda? qué de mi limpio honor? Qué podria yo responderle, señor? La he malgastado, la he perdido, me he envile-

cido. Entonces me maldeciria, me arrojaria de su lado...

Rob. Y yo te recibiria en mis brazos, tú serias la mas feliz de las mujeres; mis tesoros, mis esclavos, mis riquezas, todo, todo estaria á tu disposicion, y mil y mil damas envidiarian tu suerte.

Maria. Nunca. Todas esas riquezas no podrian borrar el sello que en mi frente estamparia la deshonra; no podria acallar la voz de mi conciencia, que en todas partes me acusaria con las terribles palabras de ¡adúltera!... criminal!! Mi vida seria una contínua série de desventuras, el peso de mi deshonra me agobiaria, y la muerte vendria á poner término á mi existencia en medio de los mas atroces remordimientos.

Rob. No, Maria, vivirás feliz y obsequiada: serás servida de rodillas por mis esclavas; nada te quedará que desear, tú dispondrás de inmensos tesoros, la mas insignificante órden tuya será al punto ejecutada; la seda, el oro, los diamantes, sustituirán á ese pobre vestido, y trocarás esta vida de desgracias, por otra de ostentacion y de placer.

Maria. Y el placer y la ostentacion me matarian: esos mismos diamantes que deberian hacerme aparecer mas hermas, sonrojarian mi semblante, porque incesantemente recordarian que eran comprados á costa de mi honor y del de mi marido.

Rob. De tu marido!... el honor de un pescador...

Maria. ¡Sir Roberto! el honor de un pescador, vale á veces mas que el de un magnate.

Rob. Concluyamos: no he venido aqui para pasar el tiempo en pláticas inútiles: por última vez, responde: cede á mis ruegos, sé mia.

Maria. Nunca.

Rob. Ten lástima de tí!

Maria. Dios me defenderá!

Rob. Desgraciada, rechazado mi amor solo me queda el placer de la venganza, y esta, te lo advierto, será terrible. Ya que las promesas y los ruegos no han podido ablandar ese corazon de roca, la fuerza pienso que ha de conseguirlo. Sabe, desgraciada, que estás rodeada de mis fieles servidores; que á una palabra mia serás trasportada donde mi voluntad sea, y ¡ay de Tomás y

de su hijo!

MARIA. Ah! perdon, perdon, sir Roberto, perdonad á dos seres que me son tan queridos: considerad que me hallo sola en el mundo sin tener á quien volver los ojos mas que á ellos. No, no me arranqueis de su lado, sed humano una vez siquiera, no me separeis del hijo de mis entrañas, porque ambos moririamos. ¡Qué daño os puede haber hecho un inocente niño que solo sabe rogar á Dios por sus padres!!

ROB. Pues bien, cede, sé mia.

MARIA. Nunca.

ROB. Piénsalo bien.

MARIA. Nunca, sir Roberto.

ROB. Entonces no te quejes si asesinan á tu hijo.

MARIA. (De rodillas.) Si encontrais placer vertiendo sangre, he aqui mi pecho, derramad hasta mi última gota, pero perdonad á mi inocente hijo. Sir Roberto, no me priveis del único consuelo que me resta en este mundo; sed generoso. Yo sé que no sois tan malo como quereis aparecer; si, bajo ese aspecto duro y fiero existe un alma compasiva y virtuosa; perdonadlos, perdonadlos y seré vuestra esclava, obedeceré vuestras órdenes, rogaré á Dios todos los dias y no os nombraremos, sino para bendeciros.

ROB. Mas me irritas con esa súplica importuna, porque me da á conocer claramente el amor que profesas á Tomás.

MARIA. Si, Roberto, le amo, le amo con un cariño inextinguible, con un amor inmenso: pero por acaso, ¿es un crímen que adore una madre al que es padre de su hijo?

ROB. Por última vez: piensa que con una palabra vas á labrar la dicha ó la infelicidad de tu hijo.

MARIA. Ah! no, no.

ROB. Yo le adopto. Será hermano de mi Eloisa, partiré entre los dos mis riquezas, pero necesito tu amor, has de ser mia.

MARIA. Ah!... perdon...

ROB. Habla, habla ó teme mi venganza. (Agarrándola del brazo. Ella de rodillas.)

MARIA Pues bien, yo prometo...

ROB. Habla...

MARIA. No, no puedo.

ROB. Ruega á Dios por ambos.

MARIA. Monstruo!!
ROB. Decide pronto, un momento mas, y son perdidos.
MARIA. Pero esto es un sacrificio atroz, Dios mio!
ROB. El tiempo se pasa y no quiero detenerme mas, elige; vida y dicha de tu hijo, en cambio de tu amor; de otro modo ambos caerán ante tí.
MARIA. ¡Qué horror!
ROB. Y tú serás quien los asesina.

ESCENA VII.

DICHOS y ARTURO.

ARTURO. Es mi padre con quien hablas?
MARIA. ¡Ah! Hijo de mis entrañas! (Arrojándose sobre su hijo y cubriéndole de besos.) Ven, monstruo de iniquidad, ven á arrancarle de mis brazos y te despedazo ese corazon de tigre.
ROB. Maria, concluyamos, sígueme.
ARTURO. ¡Ah! Madre mia, no me abandones!
MARIA. No, hijo mio, jamás, antes la muerte. Si ahora se atreven á insultarnos porque estamos solos y no tenemos quien nos defienda, Dios, que conoce nuestra inocencia, se encargará de hacerlo, y ¡ay de los malvados el dia de su terrible justicia!
ROB. Pero mientras llega ese dia, no impedirá que logre mis deseos. (Se oye la voz de Tomás, que preludia una barcarola.)
MARIA. Ah! Tomás! Gracias, Dios mio! al fin os apiadais de mis desdichas!
ROB. Aun es tiempo; sígueme.
MARIA. Tomás! Tomás!
ROB. Tú lo has querido. Sea. (Toca un silbato y aparecen Dikson y cuatro negros que sujetan á Maria y Arturo. Tomás á poco por la izquierda en una barca.)
MARIA. Socorro.
ROB. Silencio, desgraciada, ó pereceis los tres. (Vánse.)

ESCENA ÚLTIMA.

TOMÁS en la barca, ROBERTO.

TOMAS. (Canta.) Con mi cabaña y mi barca,
mis redes y libertad,
mi bella esposa y el hijo,
nada puedo desear.
Boga, barquilla,
que cerca está
mi deseada
felicidad:
boga, boga, que llegas ya.

(Se oye la voz de Maria y Arturo muy lejana, pidiendo socorro.) Esa voz es de Maria; ¡la Vírgen me valga! qué es lo que está sucediendo en mi cabaña! Maria! Maria!

ROB. En vano la llamas; para tí Maria ha dejado de existir. (Un relámpago ilumina la escena por un momento.)

TOMAS. Ah! Sir Roberto! el comerciante en negros! ¡Venganza!

ROB. Me has conocido! pues muere. (Tomás va á subir sobre la plataforma en que está Roberto: este le tira un pistoletazo hiriéndole en la frente y huye. Tomás se lleva las manos á los ojos, luego se las mira con asombro, da una vuelta alrededor, y exclama en el colmo de la desesperacion.)

TOMAS. Ciego!! Dios mio, misericordia! (Cae sin sentido en el fondo de la barca.)

FIN DEL PRÓLOGO.

ACTO PRIMERO.

Sala elegante en casa de Roberto: al foro puerta y á la derecha otra, perfectamente disimulada: otra idem á la izquierda cubierta con tapices. Al levantarse el telon atraviesan varios negros llevando regalos, como telas preciosas, joyas, flores, jarrones, etc. etc.

ESCENA PRIMERA.

DIKSON y NEGROS.

DIKSON. Vamos, daos prisa, bergantes, y tú, perezoso. (Dándole un latigazo.) Dejad eso en las habitaciones de la señorita Eloisa y al trabajo inmediatamente.—Con estos diablos de negros se necesita mucha severidad y sobre todo mucho látigo. Por fin estan ya concluidos todos los preparativos y las fiestas deben empezar hoy.—Estoy satisfecho: todo adornado con cuanto lujo y suntuosidad debe de haber en casa del primer comerciante de la Jamaica: no, no se ha escaseado el oro ni la seda ni... aqui hallarán los novios cuantas comodidades apetezcan: he procurado que no falte nada y creo que lo he conseguido: he complacido á Roberto y á su hija Eloisa; he puesto en mis ahorros una crecidad cantidad todos y estamos satisfechos. Vamos, veo que me he vuelto un hombre de bien, de provecho,

Hola, mas regalos? si; el encargado de negocios de la casa Trouson; cierto que era el único que faltaba.

ESCENA II.

DIKSON y el ENCARGADO.

Este es un hombre de unos treinta y ocho años, con el pelo blanco, una cicatriz que le cruza la frente y pálido, pero vestido elegantemente: viene seguido de cuatro negros con presentes.

DIKSON. Á vuestra disposicion, caballero.
ENCARG. Bien hallado, señor Dikson.
DIKSON. Hola! tambien mi nombre?
ENCARG. Yo conozco á todo el mundo. Ved, con esta, son dos las veces que he tenido el gusto de hablaros, y si quisiera, podia contaros vuestra historia desde que teniais veinte años, sin que me equivocara un ápice; pero todos hemos sido muchachos y hemos hecho diabluras.
DIKSON. Caballero...
ENCARG. No, no tengais cuidado, soy vuestro amigo, y hemos de estrechar mucho mas esta amistad.
DIKSON. (No sé por qué me da miedo este hombre.)
ENCARG. Tened la bondad de añadir á los presentes de la señorita Eloisa este corto obsequio.
DIKSON. Doy las gracias en su nombre: ¿y á quién tiene que agradecer?...
ENCARG. Á la casa de Trouson.
DIKSON. Ah! (Quién será este hombre?) Tened la bondad de tomar asiento, sir Roberto se encuentra un poco desazonado y en este momento deja el lecho.
ENCARG. Bien; esperaré. Supongo que no será cosa de peligro...
DIKSON. No: el mucho trabajo... como esta casa es la primera en su clase, cargan los negocios... de una manera!
ENCARG. Si? pues yo por el contrario creia que se iban retirando...
DIKSON. Siento que esteis tan mal informado con respecto al crédito de sir Roberto...
ENCARG. Hasta me habian hablado de una quiebra...
DIKSON. Calumnia, caballero!... no diré que no haya habido un momento de apuro, pero fué una ráfaga, pasó al mo-

mento, y hoy se encuentra esta casa en estado!!...

ENCARG. Veo que estaba mal informado, y os doy las gracias por haberme desengañado. La verdad, como hace tiempo que falto de este pais y no hace aun un año que he regresado...

DIKSON. Habeis vivido en este pais?

ENCARG. Si, muchos años.

DIKSON. No os probaba bien?

ENCARG. Pist! Tal cual.

DIKSON. Serian entonces los negocios los que os hicieron viajar.

ENCARG. Precisamente.

DIKSON. ¿Y conocisteis á sir Roberto antes de vuestra partida?

ENCARG. Como á vos.

DIKSON. ¡Como á mí!

ENCARG. Pues; de vista.

DIKSON. Pues yo no recuerdo...

ENCARG. Porque me habreis olvidado.

DIKSON. Si quisierais darme algun detalle por donde yo pudiera...

ENCARG. Para qué? Lo mejor es olvidar. ¡Habeis olvidado tantas cosas... Vos mismo estoy seguro que no os acordais de vuestros parientes...

DIKSON. Seriais por ventura...

ENCARG. Pariente vuestro? Dios me libre! (Aparece un negro por el foro.)

DIKSON. Caballero!

ENCARG. No alceis el grito, pueden oiros y creed que provocabais un duelo.

DIKSON. Y bien?...

ENCARG. Sed mi amigo, que os importa mucho; despues...

DIKSON. Pero...

ENCARG. Despues hablaremos. Sir Roberto me espera. (Váse con el negro, cerrando.)

ESCENA III.

DIKSON, luego ELOISA.

¡Quién es ese hombre! esa mirada penetrante, que á mi pesar me hace bajar los ojos, mi historia, que dice conocer... Oh! es preciso que yo lo averigüe y sepa

quién es; yo le acecharé, y si efectivamente conoce mi secreto, sabré deshacerme de él sin comprometerme. En este pais hay tanto precipicio... Ah! la señorita Eloisa.

ELOISA. Buenos dias, Dikson.

DIKSON. Cuánta es la dicha de este leal servidor vuestro, al veros fresca y lozana el dia de vuestro desposorio. Dichoso es en verdad vuestro amante, pues va á ser dueño del tesoro mas precioso de sir Roberto.

ELOISA. Adulador!

DIKSON. Segun eso, no me creeis?

ELOISA. Si, mi fiel Dikson; sé el cariño que me profesas, y estoy muy agradecida á tus favores; mi dicha seria mucho mayor si mi madre viviera, pero tuve la desgracia de perderla poco despues de nacer. Y estoy segura que vela por mí desde el cielo, lo cual es un consuelo para mí. Y mi padre?

DIKSON. Está en este momento en su despacho con el encargado de la casa de Trouson.

ELOISA. Has visto qué regalos me ha traido? son verdaderamente régios.

DIKSON. Sin embargo, desconfiad de él.

ELOISA. Por qué, Dikson?

DIKSON. Por... por... el por qué no puedo decíroslo, pero se me figura que es ave de mal agüero.

ELOISA. Tú le calumnias, Dikson; él que se ha brindado á ser el primer testigo de mi boda.

DIKSON. Pues asi y todo...

ELOISA. Te prohibo que vuelvas á pensar mal de él... es tan amable!...

DIKSON. Corriente, me doy por vencido.

ELOISA. Llama á mis doncellas. (Lo hace en la puerta de la izquierda y salen seis ú ocho esclavas.)

DIKSON. Qué mas quereis?

ELOISA. Nada, gracias.

DIKSON. Entrad, esclavas.

ELOISA. Quiero que empeceis mi tocado: que apureis para ello todos vuestros recursos, vuestros ingenios, y me deis muestra de vuestra habilidad. Realzad mi hermosura cuanto posible os sea; hacedme pasar á los ojos de Arturo por la mas hermosa de las mujeres, y en fin, que el dia de mi enlace sea el mas feliz de mi vida. (Diri-

giéndose á Dikson y dándole la mano.) Hoy voy á ser muy coqueta. (Váse seguida de las esclavas.)

ESCENA IV.

DIKSON, despues DOMINGO.

Solo, bien, aprovechemos esta ocasion para bajar á esa infeliz su alimento: desgraciada víctima de los vicios de sir Roberto, pobre loca, que hace catorce años se encuentra enterrada en vida.—No tengo yo poca parte en su desgracia. (Se acerca á la puerta de la derecha y hace sonar el pito de su látigo de una particular manera: á poco, Domingo, con una cesta y linterna, sale con mucha precaucion.) Lo que á decir verdad, no me deja descansar un momento. Á cada paso temo ver la sombra de ese pescador, y aun se me ha figurado oir su acento en mi oido... ¡miedo, puro miedo... necedades!... Já, já... todavia no he visto un muerto que haya resucitado. Trae, Domingo.

DOMINGO. Tomad, señor.

DIKSON. Has visto si alguien nos observa?

DOMINGO. Nadie, señor.

DIKSON. Cumplamos con la humanidad y con mi propia conciencia. (Se acerca á la puerta secreta, saca una llave con la que abre y desciende por una escalera: al mismo tiempo el Encargado de Trouson sale por el foro y sorprende á Domingo.)

DOMINGO. ¡Tu conciencia!... de mercader, igual á la del amo, sois dos pícaros cortados por la misma tijera.

ESCENA V.

El ENCARGADO y DOMINGO.

ENCARG. Una puerta! adónde conduce? qué puerta es esa que yo la ignoraba? responde, ó tente por muerto. (Amenazándole con una pistola.)

DOMINGO. Mi amo, yo... no...

ENCARG. Silencio... habla bajo... ¿qué puerta es esa?

DOMINGO. Pero mi amo...

ENCARG. Responde ó...

DOMINGO. No! no por Dios, yo responderé á cuanto querais...

pero... no... no me mateis...

ENCARG. Pues bien, contesta á mis preguntas; qué puerta es esa?

DOMINGO. Esa... es el asilo de la desgracia.

ENCARG. El asilo de la desgracia! no te... entiendo....

DOMINGO. En él está enterrada en vida una mujer... pero, por Dios, no lo digais, que es un secreto.

ENCARG. Habla, juro darte la libertad, si me explicas este misterio.

DOMINGO. De veras? de veras?

ENCARG. Yo no tengo mas que una palabra.

DOMINGO. Pues bien: hay en ese subterráneo...

ENCARG. Prosigue.

DOMINGO. Hay enterrada una mujer.

ENCARG. Una mujer! Y cuánto tiempo hace?

DOMINGO. Hará unos catorce años.

ENCARG. Catorce años!... (Si, es la misma época.) Y su nombre, su nombre.

DOMINGO. Maria...

ENCARG. Maria!!

DOMINGO. Si, mi amo.

ENCARG. Ella es, ahora lo entiendo todo... desgraciada!

DOMINGO. La infeliz está loca.

ENCARG. Loca... loca has dicho?

DOMINGO. Si, mi amo: pero, por la Virgen, marchaos, que sube el señor Dikson.

ENCARG. Loca... loca... Venganza, venganza.

ESCENA VI.

DIKSON y DOMINGO.

DIKSON. Desgraciada! cada dia que pasa se extravia mas su razon. Qué tienes, por qué tiemblas de esa manera? Ha sorprendido alguien nuestro secreto?

DOMINGO. No, no señor; pero...

DIKSON. Concluye de una vez, voto á cincuenta diablos! Qué es ello?

DOMINGO. Si, si, tengo miedo; yo soy uno de los cómplices de sir Roberto, y aunque ignorante de lo que hacia, tomé parte en el rapto de esa mujer y en la muerte de su marido. Y si es verdad lo que nos dicen, que hay un

Dios que nos ha de juzgar, un Dios justiciero, semejante crimen no puede quedar sin castigo, y pobres de nosotros el dia en que se descubra la verdad.

DIKSON. No se descubrirá. Esa mujer ha perdido el juicio completamente, y en su vida saldrá del calabozo en que se encuentra. Tomás ni su hijo ya no existen: nadie tenemos en contra nuestra, y es imposible que nada se descubra: ni tú ni yo hemos de ir á delatarnos nosotros mismos, el crímen quedará siempre velado entre las tinieblas de aquella noche, y nada, pues, tenemos que temer: vivo tranquilo!...

DOMINGO. Os equivocais, señor Dikson, ese niño que me mandasteis que desapareciera, ese niño que ya debe ser un hombre, si vive...

DIKSON. Si vive... luego tú, traidor...

DOMINGO. No tuve valor para revelároslo, por temor á vuestro castigo. Cuando me mandasteis que por siempre desapareciera; no me atreví á asesinarle. Yo le llevaba en brazos algunos ratos, y el pobre niño me acariciaba sin cesar. Llegué á la orilla del mar, el cansancio y la fatiga le adormecieron, y tuve compasion: ví una barca vieja abandonada, le metí en ella, solté la cadena que la sujetaba, y se deslizó por el mar.

DIKSON. Miserable.

DOMINGO. Volví mas tarde, pero todo habia desaparecido: me aparté de allí y rogué al Todopoderoso que velara por él. Despues no he vuelto á saber nada.

DIKSON. Mas vale asi. Y es ese el modo que tienes de ejecutar mis órdenes? (Le da un latigazo.)

DOMINGO. Castigadme, señor, matadme si quereis, pero mi corazon es de un hombre, no es de una fiera.

DIKSON. Toda tu sangre no bastará á satisfacer mi enojo. (Pegándole.)

ESCENA VII.

DICHOS, ARTURO.

ARTURO. Qué es eso, Dikson, ¿por qué castigas á ese infeliz tan duramente?

DIKSON. Ah! El señor Arturo, nuestro nuevo amo.

DOMINGO. Perdon, señor Arturo, soy inocente.

ARTURO. Por qué te se castiga?
DOMINGO. Por... por...
DIKSON. Por su desobediencia y holgazaneria.
ARTURO. Vamos, perdónale por esta vez y él nos prometerá la enmienda; no es verdad, Domingo?
DOMINGO. Si, mi buen amo, si, perdon.
ARTURO. Perdonadle, Dikson, yo uno mis súplicas á las suyas.
DIKSON. Sea; da las gracias al señor Arturo, que á él debes escapar con vida. (Domingo besa la mano á Arturo y se va.) Es necesario ser inflexible con esta raza de miserables.
ARTURO. Creo, sin embargo, que los tratas con demasiada dureza; al fin son hombres.
DIKSON. Si, pero son negros.
ARTURO. Son con todo nuestros semejantes, nuestros hermanos. ¿Quieres anunciarme á la señorita Eloisa?
DIKSON. Voy en seguida. (Váse.)
ARTURO. Por fin encuentro otra familia que me admita en su seno á pesar de mi oscuro nacimiento; una mujer encantadora que me ame, y un padre bondadoso que me guie con sus consejos. Viene gente; ¡ah! es un testigo de mi felicidad.

ESCENA VIII.

ENCARGADO y ARTURO.

ARTURO. Buenos dias, caballero; qué, no quereis estrechar mi mano?
ENCARG. Si, jóven, si; tengo en ello un gran placer.
ARTURO. Qué teneis? Estais demudado, vuestra mano tiembla.
ENCARG. Confieso que no me encuentro muy bueno; acabo de recibir una noticia en este momento que me ha afectado un tanto; pero ya pasará.
ARTURO. Vais á...
ENCARG. Á ver por segunda vez al señor Roberto: le compro varios negros, y voy á que firmemos las escrituras. (Es particular, no sé qué sensacion experimento al ver á este jóven.)
ARTURO. Por qué me mirais asi?
ENCARG. Porque vuestra fisonomia me recuerda un hijo que tuve.
ARTURO. Habeis tenido un hijo?

ENCARG. Si, un hijo querido, que si viviera tendria vuestra misma edad con corta diferencia.

ARTURO. Murió?

ENCARG. Lo ignoro.

LA ESCL. (Entrando.) La señorita Eloisa os suplica tengais la bondad de aguardar un momento en esta sala.

ARTURO. Decid á la señorita Eloisa que sus súplicas son órdenes para mí. (Váse.) Continuad: ¿deciais que ignorabais si existe vuestro hijo?

ENCARG. Asi es la verdad: hace muchos años que desapareció y nadie ha sabido darme noticias suyas.

ARTURO. Os le robaron!

ENCARG. Tal creo.

ARTURO. Y su madre, vive? perdonadme si soy indiscreto, caballero.

ENCARG. De ningun modo: su madre era un ángel y huyó de la tierra.

ARTURO. Si viviera vuestro hijo tendriais un gran placer en abrazarle, no es verdad?

ENCARG. Si, jóven; el placer mayor del mundo: es tan hermoso el decir, ¡este es mi hijo!

ARTURO. Y ¡cuál seria su gozo al abrazaros y estrecharos sobre su corazon! Debe ser tan hermoso decir, ¡este es mí padre!

ENCARG. Segun eso no conocisteis los vuestros?

ARTURO. El cielo me ha negado ese consuelo. Segun me han contado despues, mis padres eran sumamente pobres: no pudiendo mantenerme, me abandonaron un dia dejándome dormido en una barca en medio del mar; quiso mi buena suerte que unos negros me recogieran y me presentaran su señora, la cual, viendo que nadiese presentaba á reclamarme, me adoptó, y á su muer te me dejó heredero de su inmensa fortuna.

ENCARG. Y, ¿no conservais recuerdo alguno de vuestros padres?

ARTURO. Muy confusamente. Los he buscado mucho tiempo, pero todas mis pesquisas han sido inútiles.

ENCARG. Desgraciados! Tal vez hayan muerto en la miseria bendiciendo vuestro nombre.

ARTURO. Ese es el mayor dolor que me atormenta; no poder remediar su indigencia, si es que viven, ni llorar sobre su tumba si es que han muerto.

LA ESCL. (Entrando.) La señorita Eloisa os suplica os sirvais pasar

á su tocador.

ARTURO. Voy al momento. Caballero, con vuestro permiso...

ENCARG. Id con Dios, jóven, y no perdais la esperanza; quizá venga un dia...

ARTURO. Dios os oiga.

ENCARG. (Siento que envuelva mi venganza á este muchacho.)

ARTURO. (Me agrada su carácter.)

ENCARG. (Corramos en busca de Domingo.)

ESCENA IX.

ROBERTO y DIKSON.

ROB. Hola, mi buen amigo, ¿dónde has andado que no te he visto en toda la mañana?

DIKSON. Cuidando de aumentar vuestros intereses: haciendo que vuestros esclavos trabajasen, y trabajando yo tambien.

ROB. Bravo! Aplaudo ese celo que te tomas por mi casa: algun dia te recompensaré cual mereces. Hoy es el mas feliz de mi vida, y quiero que todos los que me rodean sean felíces. Ahora que recuerdo, ¿quién era el importuno que ha estado cantando en el jardin esta noche, casi debajo de mis ventanas?

DIKSON. Señor, uno de vuestros esclavos mas trabajadores: está enamorado de una de las doncellas de vuestra hija, y canta por la noche bajo sus rejas.

ROB. Castígale inmediatamente para que aprenda á respetar el sueño de su señor.

DIKSON. Se hará como deseais!

ROB. Avisa á mi Eloisa, que quiero darla un abrazo. Los contratos se firman esta noche, y antes tengo mucho que decirle. Vé. Por fin llegó el dia de la felicidad y del descanso. La alianza con Arturo dará vida á mis negocios y podré vivir mas tranquilo. Durante mi agitada vida he corrido con avidez de una en otra pasion, he apurado los placeres y he experimentado todo género de sensaciones. Hoy que estoy harto de la vida agitada, todo será paz y sosiego. Solo un triste recuerdo viene á empañar mi alegria. ¡Maria! Maria, que arrastra una existencia de dolor, hace catorce años, en uno de los subterráneos de este palacio. Varias veces

he pensado en darla libertad; pero el temor de que llegue á oidos de la justicia su historia, me ha detenido. Harto trabajo me costó el hacer creer que el mar tragó á toda la familia. Por otra parte, su vida no puede ser muy larga, con que esperemos. Vamos en busca de mi hija: que ella, al menos, sea feliz.

ESCENA ÚLTIMA.

El ENCARGADO y DOMINGO.

ENCARG. Ya estamos solos y nadie puede oirnos. (*Cerrando las puertas.*) Vas á referirme minuciosamente la historia de la mujer del subterráneo. Si me dices la verdad, hoy mismo romperé tus cadenas dándote la libertad; de lo cortrario, si acaso me engañas, cuéntate por muerto.

DOMINGO. Ah! señor, yo diré cuanto querais con tal de conseguir mi libertad.

ENCARG. Dime; ¿en qué tiempo vino esa mujer y quién la condujo aqui?

DOMINGO. Os diré: en mil ochocientos, una noche nos mandó sir Roberto, que armados y guiados por el señor Dikson, fuesemos á esperarle á la orilla del mar: al poco tiempo se reunió con nosotros, y embarcándonos todos juntos con mucho sigilo, fuimos costeando, costeando hasta la Roca Negra, sitio en que vivia esa mujer.

ENCARG. Prosigue.

DOMINGO. Nos mandó que le esperásemos en la barca Cenadí y yo, y marchóse llevándose consigo á tres esclavos mas y al señor Dikson; al cabo de dos horas, poco mas, volvió trayendo en brazos á Maria desmayada, y el señor Dikson á su hijo, que lloraba amargamente y llamaba á gritos á su padre.

ENCARG. (¡Hijo mio!)

DOMINGO. Los colocaron en la barca y volviéndose hácia nosotros nos mandó que remasemos con toda nuestra fuerza: antes de amanecer ya estabamos al pié de este palacio: Maria fué conducida á aquella habitacion.

ENCARG. (¡Infame!) Continúa.

DOMINGO. Dias despues entró un hombre, y le dió á cambio de dinero un frasquito pequeño que contenia una cosa

blanca.

ENCARG. ¡Algun narcótico! (¡Miserable!)

DOMINGO. Despues, Maria se llevó dos dias durmiendo y no se separó nuestro amo de su lado, cuando un dia... no, miento, que fué una noche, se acercó á mí el señor Dikson y me dijo con un aire de misterio: «Voy á en»cargarte de una comision de parte de sir Roberto, si »la ejecutas bien, serás recompensado.»

ENCARG. Alguna nueva infamia! ¿no es cierto?

DOMINGO. Mas que eso, caballero; era un crímen lo que se me proponia; me mandó que llevase al hijo de Maria á la orilla de un precipicio, y le arrojara en él.

ENCARG. Tú, te negarias, por supuesto.

DOMINGO. Me amenazaron con el castigo...

ENCARG. Y obedeciste!

DOMINGO. No; cogí al niño por temor al látigo del señor Dikson, que ya crujia sobre mi cabeza, y le llevé á la orilla del mar.

ENCARG. Y una vez allí... qué hiciste de él? Responde! ¡no ves que me estás asesinando!

DOMINGO. No teniendo valor para arrojarle al mar, le metí en una barca que se hallaba allí, sin dueño al parecer, la dejé que se deslizara sobre las olas, y rogué á la Providencia por su vida.

ENCARG. Ah! ¡Por piedad, dime que no me has engañado, dime que es verdad cuanto me has dicho!

DOMINGO. Os lo juro, señor!

ENCARG. Gracias, Dios mio, gracias porque tocásteis el corazon de este hombre! Mi fiel Domingo, dentro de media hora recobrarás tu libertad: admítela de mano de un desgraciado padre que ha llorado por espacio de catorce años la pérdida de su hijo querido: hoy le recobra, gracias á tu generosidad.

DOMINGO. Vos! vos, caballero, su padre!... luego... vos... sois ..

ENCARG. No un desconocido, como creiais, soy, ¡el padre de Arturo! el vengador de Maria! la sombra del pescador! pero, silencio!... silencio!... (*Agarrando fuertemente del brazo á Domingo, el cual cae de rodillas.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Magnífico jardin en casa de sir Roberto: estara completamente iluminado con faroles y vasos de colores, colocados en los árboles: arcos tambien iluminados: al foro el exterior del palacio, por cuyos abiertos balcones se distinguirán los salones perfectamente alumbrados. Estátuas, bancos, etc., etc.—De noche.

ESCENA PRIMERA.

DIKSON, á poco TOMÁS.

DIKSON. Hace rato que os espero, en virtud de vuestra cita.

TOMAS. Ciertos negocios de sumo interés me han impedido correr á vuestro lado tan pronto como hubiera deseado. Los convidados no empezarán á venir hasta dentro de una hora, con que tenemos tiempo suficiente: sentémonos.

DIKSON. Sentémonos, si es ese vuestro gusto. (Dónde irá á parar.)

TOMAS. Y hablemos como amigos.

DIKSON. Sea.

TOMAS. En mil setecientos noventa y cuatro, dispensadme si me remonto á una época tan atrasada, pero me obligan los acontecimientos: en mil setecientos noventa y cuatro, repito, vivia en un pais de América un hombre medianamente acomodado, mas al mismo tiempo do-

tado de tantos vicios cuantas virtudes le habia negado naturaleza. Este hombre, segundo hijo pródigo, despues de una vida disipada y corrompida, se encontró arruinado, pobre y miserable. Viéndose olvidado de todos aquellos amigos que le habian ayudado á derrochar su inmenso patrimonio, y hallándose solo en el mundo, trató de suicidarse...

DIKSON. Y ese hombre...

TOMAS. Dejadme acabar. Trató, pues, de suicidarse; pero la sola idea de la muerte le dió miedo y...

DIKSON. No lo hizo, porque...

TOMAS. Si dais en interrumpirme de esa manera, será mi cuento de nunca acabar.

DIKSON. Continuad.

TOMAS. No atreviéndose á darse la muerte del cuerpo, trató de matar su alma, y se decidió por el crímen. Una noche, estando en casa de la única persona que no le habia retirado su amistad al verle en la miseria, abusó traidoramente de ello, la asesinó cobardemente y huyó á mas lejanos paises, llevándose cuanto oro y alhajas pudo encontrar. Sabedor el gobernador del asesinato y robo cometidos, puso precio á la cabeza del delincuente: se le buscó con avidez por todas partes; pero las requisitorias fueron inútiles. Un pirata, creyendo que aquel hombre le seria útil, le ocultó durante algun tiempo, y hoy anda osadamente por la Jamaica bajo un nombre supuesto.

DIKSON. Á todo aquel que posea este secreto, mi puñal le cerrará la boca. Muere pues. (Intenta herirle, pero Tomás le detiene haciéndolo caer el puñal.) Ah! perdon!... (Arrodillado.)

TOMAS. Siéntate y escucha. El pirata en cuestion, el que escondió al asesino, llegó á ser un dia el mas poderoso de la Jamaica, y harto de la vida agitada que desde su niñez habia traido, se hizo comerciante en negros. Valido de la condena que pesaba sobre su cabeza, le obligó á cometer mil infamias, y con el nombre de amigo le hizo mas que su servidor; mas que su esclavo. Aquel hombre orgulloso, acostumbrado á mandar á un ejército de criados, tuvo que adular á un miserable y cometer un sin número de humillaciones, porque á cada paso se le amenazaba con al verdugo.

DIKSON. No me recordeis la época de mi vida pasada, no acre-

centeis el furor y la vergüenza que en mi pecho arde.

TOMAS. Pues bien, si yo me acercase á ese hombre y le dijera: «Si tanto es el odio que profesas á sir Roberto, si alimentas en tu pecho la llama de la venganza, aprovecha la ocasion que te presento. Huye llevándote todas »sus riquezas; yo te abro libre y seguro camino hasta »donde mas te agrade vivir. Parte á un punto donde »nadie te conozca y puedas volver á tu pasada opulencia.» Ese hombre, que tanto ha sufrido, que tanto sufre todavia, qué me respondiera?

DIKSON. Ese hombre rechazaria vuestra propuesta, porque admitiéndola únicamente correria hácia su ruina. Á no ser que una seguridad...

TOMAS. Mañana, al salir el sol, se hace á la vela un barco con direccion á España; dentro de un momento os tomaré pasaje en él á mi nombre: haced vuestros preparativos esta misma noche, puesto que tendreis ocasion, y dentro de veinticuatro horas sereis libre.

DIKSON. Si tal sucediese, si eso fuese verdad y no una emboscada...

TOMAS. ¿Y con qué objeto habia de ser un lazo? Qué interés tengo yo en tu perdicion?

DIKSON. Y cuál teneis en que huya?

TOMAS. Ese es mi secreto.

DIKSON. Con todo... recelo...

TOMAS. Si yo anhelara vuestra perdicion, ¿no me hubiera sido fácil conseguirla con solo haber delatado al asesino de Gertrudis de Velasco?

DIKSON. Ah! Silencio... pero decidme; ¿qué os mueve á uniros á mí en contra de sir Roberto. ¿Le aborreceis quizá?

TOMAS. No puedo contestaros.

DIKSON. Quién sois, caballero, que asi estais enterado en su vida y mi secreto?

TOMAS. Un hombre cualquiera que, si es verdad que poseo vuestro secreto, tambien os juro que moriré con él.

DIKSON. Pues bien; os creo y me echo en vuestros brazos: sois mi Providencia.

TOMAS. Convengo: esta mañana queriais provocar un duelo; hace un rato tratasteis de asesinarme, y ahora me llamais vuestra Providencia: ved con cuánta razon os anuncié que habiamos de ser muy amigos.

DIKSON. Teneis razon, caballero, y os pido perdon por lo pa-

sado.

TOMAS. Con que aceptais?

DIKSON. Acepto.

TOMAS. Faltan ahora mis condiciones.

DIKSON. Vuestras condiciones!!

TOMAS. Justo: creo que estoy en mi derecho.

DIKSON. Serán, tal vez, la mitad de la suma...

TOMAS. Menos que eso...

DIKSON. Las joyas acaso?

TOMAS. Menos aun: una llave....

DIKSON. Una llave!!

TOMAS. La del subterráneo.

DIKSON. Cómo sabeis?

TOMAS. Estoy enterado de todos los secretos que os pertenecen.

DIKSON. Mas quién os revela?...

TOMAS. Dios, á falta de otro confidente. ¿Os asombrais?

DIKSON. Si, caballero, pero comprendo ahora vuestros designios. Una venganza... ¿qué decis?

TOMAS. Nada digo: sois dueño de creer cuanto os plazca, pero despachemos. Á trueque de esa llave, vuestra libertad y la opulencia.

DIKSON. (Pausa.) Y si me negase?

TOMAS. Si os negáseis, dentro de un cuarto de hora la justicia sabría quién era el asesino de...

DIKSON. Acepto, caballero.

TOMAS. Lo celebro. Dónde nos hallaremos dentro de media hora?

DIKSON. Aqui mismo.

TOMAS. Convenido.

DIKSON. Traereis mi pasaje á España.

TOMAS. Y vos la llave del subterráneo.

DIKSON. Hasta dentro de media hora.

TOMAS. Hasta dentro de media hora. (Desaparecen por distintos lados.)

ESCENA II.

ELOISA y ARTURO.

ARTURO. Descansemos aqui un momento, ya que nos vemos libres de los importunos, y pensemos en nosotros mis-

mos. Amada Eloisa, hoy que veo cercana la hora de poderte llamar mia, es tal la felicidad de que mi pecho está henchido, que el corazon parece saltárseme del pecho. Te amo con un amor puro y santo; con un amor que reune en sí la pasion de un esposo para con su esposa, la ternura de un padre hácia su hijo y el cariño fraternal de dos hermanos. Yo, pobre niño abandonado, que desde mi mas tierna edad no he conocido hasta ahora mas afecto que el de la gratitud hácia una persona en extremo compasiva, á quien debo cuanto soy, hallo hoy en tí una esposa amante, y un padre bondadoso en sir Roberto.

ELOISA. Por fin va á llegar el momento tan deseado! Dios desde su excelso trono bendecirá nuestra union, y nuestra comun felicidad será eterna.

ARTURO. Nuestras almas unidas y dichosas volarán siempre juntas; una aureola de dicha y de ventura nos rodeará constantemente, y sumidos en un mar de delicias, seremos dos cuerpos con una alma sola.

ELOISA. Y me amarás siempre lo mismo?

ARTURO. Lo mismo, lo mismo.

ELOISA. Veremos correr los dias en amor y en calma: cada uno que pase nos habrá traido un placer nuevo, y habrá afianzado mas los lazos que nos unan, acrecentando mas y mas nuestra pasion.

ARTURO. Y en medio de nuestra felicidad y nuestra dicha, verteremos una ardiente lágrima por la memoria de mis infelices padres.

ELOISA. Y ellos á su vez nos bendecirán desde el cielo.

ARTURO. Dichoso yo mil veces, que he encontrado en este suelo una mujer que abriga el alma de un ángel: tú, encantadora Eloisa, tú, que has venido al mundo para endulzar la existencia de este hombre desgraciado; tú, que te has dignado corresponder á la pasion que por tí he sentido, y tú, en fin, que me vas á hacer el mas feliz de los mortales.

ELOISA. Yo tambien soy dichosa, porque veo mis deseos realizados; desde que por primera vez te ví y empezaste á prodigarme todo género de atenciones, á pesar mio mis ojos te decian que te amaba; en todas partes sorprendia tu ardiente mirada fija en mí, y tu dulce voz me arrebataba si vibraba en mi oido. Ahora no podrá

echarme en cara el mundo que confiese mi pasion, puesto que dentro de breves momentos serás mi esposo. Si, Arturo mio, te amo, te amo con un amor inextinguible, puro, inmenso!... ¡Es tan hermoso amar de esta manera!!

ARTURO. Gracias, Eloisa. ¡Qué feliz soy! (Besándole la mano.)

ESCENA III.

DICHOS, ROBERTO, TOMÁS, Convidados.

ARTURO. Ya empiezan á venir los convidados; recibámosles y que participen de nuestra alegria. Ah! Padre mio! permitid que os anticipe un par de horas ese dulce nombre. Hace tanto tiempo que no sale de mi boca! Dadme, dadme vuestra mano...

ROB. No, los brazos, hijos mios. Y tú, Eloisa, no tienes un abrazo para tu padre?

ELOISA. Padre de mi alma!

ROB. Hija mia!... Por qué lloras?

ELOISA. No, padre, no hagais caso de mi llanto; las lágrimas que veis correr son de felicidad, de amor, de júbilo: mi sensible corazon no puede soportar sin conmoverse tantas emociones!... Tambien la dicha necesita un desahogo.

ROB. Enjuga esas lágrimas preciosas, no sean mal interpretadas por los convidados: muéstrate ante sus ojos alegre y risueña, y ve á recoger las enhorabuenas que te darán tus amigas, envidiosas de tu dicha. No te olvides, hija mia, de que hoy eres la reina de la fiesta. (Eloisa y Arturo reciben á los convidados, quienes los ofrecen presentes que traerán esclavos.) (Sed felices, gozad de la tranquilidad que yo no encuentro, y Dios quiera daros una vida mas tranquila que á mí. El recuerdo de esa mujer me acosa sin cesar; por todas partes me sigue su sombra y nunca puedo verme libre de esa pesadilla; al fin concluirá por volverme loco.)

TOMAS. Sir Roberto!

ROB. Quién!... Ah! caballero, vos... creí no hubieseis venido todavia, y os esperaba con impaciencia.

TOMAS. Gracias, caballero, aqui me teneis. Vengo de los primeros á felicitaros en tan fausto dia: hoy si que sois

feliz, y hasta se me figura veros rejuvenecido.

ROB. La dicha, el regocijo, la felicidad...

TOMAS. Si, se conoce que sois muy feliz: dichoso vos, señor, que en un dia como este no os atormenta ninguna pesadilla horrible, ningun recüerdo importuno.

ROB. Ninguno, (¡Ay!) ninguno.

TOMAS. Qué teneis? os poneis malo, vuestra mano tiembla entre las mias y vuestro color ha desaparecido: quereis que llame?

ROB. No, no, un vahido, el calor, tal vez no será nada.

TOMAS. Dios quiera que sea asi, y ningun acontecimiento desagradable venga á turbar el brillo y la alegria de la fiesta. Dichoso vos, que solo os empleais en la dicha de los demas, porque teneis tranquila vuestra conciencia; no todos podemos decir lo mismo.

ROB. Cómo! pues qué... vos?...

TOMAS. Si, sir Roberto, yo, aqui donde me veis, he sido criminal y aun sigo siéndolo. Abrigo en mi pecho ideas de venganza, pero una venganza sangrienta; algun dia, señor, os contaré mi historia; por eso os digo que dichoso vos que en un dia como el de hoy, no teneis que arrepentiros de ningun crimen.

ROB. Caballero...

TOMAS. Hace catorce años que padezco los mas atroces dolores, los mas agudos remordimientos.

ROB. Catorce años!... (Dios mio!)

TOMAS. Si, durante ese tiempo he padecido mucho, tanto, que mis cabellos han encanedido antes de tiempo; y por saciar mi venganza, por devolver á mi enemigo todo el mal que me ha causado, daria contento mi vida.

ROB. Y ¿quién es vuestro enemigo, para odiarle yo tambien si le conozco?

TOMAS. Lo sabreis muy pronto.

ROB. Quereis contarme vuestra historia?

TOMAS. De sobremesa, en general.

ROB. Acepto por mí y mis amigos, que tambien la oirán con gusto. Os presentaré cuando gusteis. (Varios negr s ofrecen á los convidados dulces y refrescos. Tomás se separa de Roberto y busca á Dikson entre la gente.)

ARTURO. Gracias, amigos, gracias, estoy sumamente agradecido á vuestras generosas ofertas. (Dirigiéndose á unos caballeres que estan hablando con él. Eloisa en el otro extremo con se-

ñoras. Roberto, en el centro con los cabelleros 1.° y 2.°)

ELOISA. Si, amigas mias, Arturo es lo mejor de los hombres, le amo con idolatria, y él por su parte me adora.

ROB. Ellos son felices, y yo gozo contemplando su dicha.

CAB. 1.° Os damos la mas cordial enhorabuena.

CAB. 2.° Os felicitamos por eleccion tan acertada: Arturo es un jóven de mucha disposicion, mucho talento, y sobre todo, una inmensa fortuna.

CAB. 1.° Vamos, sed franco, sir Roberto, ya sabeis lo que os habeis hecho en concederle la mano de vuestra linda Eloisa.

ROB. Al otorgársela, no he atendído á su caudal, sino á sus relevantes prendas.

CAB. 1.° (No lo creo.)

ELOISA. Favor que me haceis, señoras: todo lo ha dispuesto Dikson; un hombre que hace muchos años sirve á mi padre con un celo extraordinario.

ARTURO. Con efecto, amigos mios, habeis traido á presenciar mi enlace las mas preciosas mujeres de la Jamaica; os estoy sumamente agradecido.

TOMAS. Traeis la llave del subterráneo?

DIKSON. Y vos?...

TOMAS. Hé aquí lo que necesitais: aprovechad la ocasion y mañana al salir el sol marchad de Jamaica, para no volver á pisar este pais de maldicion: cuando os echen de menos, ya estareis fuera del alcance de sir Roberto, libre y poderoso.

DIKSON. Dios os oiga: tomad vuestra llave. Pero decidme, ¿qué fin os proponeis con...

TOMAS. Es mi secreto: marchad y no os detengais.

DIKSON. Cumplí mi palabra.

TOMAS. Y yo la mia.

DIKSON. Somos, pues, amigos?

TOMAS. Lo somos.

DIKSON. Adios, y buena suerte!

TOMAS. Adios y buen viaje! (Váse Dikson.)

ESCENA IV.

TOMÁS, ROBERTO, ELOISA, ARTURO y demas, menos DIKSON. Acompañamiento, y mucha animacion en la fiesta.

ROB. Señores, agradezco en el alma que os hayais dignado favorecer á mis hijos honrando la funcion con vuestra presencia: mientras vivamos os estaremos reconocidos á semejante galanteria; y ya que estais todos reunidos y la animacion es completa, van á empezar las fiestas. Mis hijos os conducirán al sitio destinado á la pirotécnica: los juegos estan dispuestos por uno de los mejores artistas y nada pues os dejarán que desear, id.

CAB. 1.º Vivan los novios.

TODOS. Vivan.

CAB. 2.º Viva la reina de la fiesta.

TODOS. Viva. (Vánse todos. Despues se oye dentro música lejana.)

ESCENA V.

TOMÁS.

Id, insensatos, id: tratad de divertiros entregándoos á los placeres por un solo instante: extasiaros contemplando la variedad de los juegos, que muy pronto ahogareis esas risas en las gargantas. (Risas y aplausos dentro.) Y mi hijo!... mi hijo, que es hoy tan feliz! soy yo quien por una ruin venganza va á arrancar de su pecho las ilusiones de un primer amor, á sacarle del éxtasis delicioso en que se encuentra, para sumergirle de repente en la desesperacion! Inocenre criatura, que por su alma juzga las de todos los demas! Niño infeliz, que rico en ilusiones, vive halagado por la dicha creyéndola duradera!! La dicha solo existe en nuestra imaginacion; fantasma creado por el hombre, le sonrie, le adula, le da la mano; pero cuando le cree asia, cuando se le figura que le tiene sujeto, se desvanece cual el humo, dejando en su lugar un triste recuerdo... nada... (Risas.) Y mi pobre Maria... loca! loca...—Señor del cielo y de la tierra! Dios omnipotente y misericordioso, á cuya sola voz se formó este mun-

do! Tú que hiciste al hombre á tu imágen y semejanza y moriste enclavado en una cruz por redimir sus pecados; tú, cuya misericordia infinita no tiene límites, apiádate de una infeliz que hace catorce años que padece; vuelve, vuelve el juicio á una esposa desgraciada, vuélvela la razon, y guia mis pasos en la venganza, si tal es tu voluntad, para que al descargar el golpe, no haga mas que cumplir tu terrible justicia. (Risas.)

ESCENA VI.

DICHO, DOMINGO.

DOMINGO. Señor Roberto, señor Roberto... Ah!... sois vos?
TOMAS. Qué hay?... qué tienes que vienes tan azorado?
DOMINGO. Ah! si supierais! Le he visto al señor Dikson guardarse las alhajas de la señorita y del amo...
TOMAS. Silencio! desgraciado, una palabra mas y eres muerto.
DOMINGO. Ah! qué susto.
TOMAS. Ya vienen: levántate, cuenta con revelar á nadie lo que has visto.
DOMINGO. Seré ciego y mudo.
TOMAS. Mañana al amanecer Dikson y tú sois libres.
DOMINGO. ¡Viva la libertad!
TOMAS. Ven, sigue mis instrucciones.

ESCENA VII.

ROBERTO, ARTURO, ELOISA, CABALLEROS 1.° y 2.°, acompañamiento.

CAB. 1.° Bravo! Soberbio! no se puede pedir mas. Dichoso vos, sir Roberto, que habeis sabido transformar vuestra casa en un paraiso terrenal.
CAB. 2.° Los juegos han estado vistosísimos y revelan un gran talento en el autor.
CAB. 1.° Recibid mi enhorabuena.
ROB. Gracias, amigo: ¿cómo no me habeis presentado á vuestra señora madre?
CAB. 1.° Está con mi hermana admirando el fausto y gusto con que estan adornados vuestros jardines, pero si tal es vuestro deseo corro en su busca. (Bailete.)

ESCENA ULTIMA.

LOS MISMOS, á poco TOMÁS.

TODOS. Bien! vivan los novi os! viva sir Roberto! vivan los bailarines!

DOMINGO. Señores, el notario espera.

ROB. La hora es llegada, marchemos á firmar los contratos.

ARTURO. Marchemos, si, en busca de la felicidad. (Da la mano á la que se figura ser la madrina, Roberto á su hija, y al marcharse sale Tomás.)

TOMAS. Un momento, señores; se me acaba de hacer un encargo y he de cumplirlo: un hombre, á quien no conozco, me acaba de entregar esta carta para el señor Arturo.

ARTURO. Luego la leeré, no es esta ocasion... marchemos, señores.

TOMAS. (Ap. á Arturo.) Y si fuera de vuestros padres?

ARTURO. De mis padres!... dispensadme, señores, un momento; soy con vosotros. «Para el señor Arturo, en el momento de ir á firmar los contratos.» Leamos.

ROB. (Qué será?)

ELOISA. (Dios mio! Si otra mujer antes que yo!...)

ARTURO. (¡Cielos!... será verdad! pero una prueba, una prueba... Ah! mi fé de bautismo.)

ROB. Arturo, os estamos aguardando, no es justo hacer esperar á estos señores que han venido á favorecernos, vuestra esposa está impaciente.

ARTURO. Nunca, sir Roberto, nunca será mi esposa la hija del asesino de mis padres.

ELOISA. ¡Ay! yo muero! (Cae desmayada.)

ARTURO. Paso, señores, al hijo de Tomás el pescador. (Váse. Cuadro.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Calabozo subterráneo, bóveda que se divide en dos, apoyándose sobre un gran pilar en el centro. Escalera al foro.

ESCENA PRIMERA.

TOMÁS, entrando, MARIA, dejando conocer su locura.

TOMAS. Será aqui, ó habrá todavia mas que bajar? Aqui concluye la escalera, y sin embargo nada veo. Ay, estoy deseándolo y temo encontrarme con Maria. Esta ha sido su morada por espacio de catorce años! Cuánto habrá sufrido! cuántas lágrimas habrá derramado! cuántas veces habrá llorado creyéndonos muertos, y sin embargo aun vivimos! Dios nos ha dado fuerzas para soportar la desgracia, y nos reune aqui para el castigo.

MARIA. El castigo aun? no he padecido bastante!

TOMAS. Maria!! Ay! En qué estado la encuentro, Dios mio!

MARIA. Me compadeces! te arrepientes ya de mi martirio!

TOMAS. Fuerzas, Dios mio, fuerzas!

MARIA. Lloras, cobarde! Te han arrebatado un hijo, por ventura, un hijo querido, y vienes en su busca?

TOMAS. No hay esperanza!

MARIA. No hay esperanza dices! no hay esperanza! De qué? de encontrarle? eso dice un padre! un padre que ama á su hijo!

TOMAS. Maria, Maria, vuelve en tí: mírame, me conoces?...

mírame por piedad.

MARIA. Si yo tuviera un hijo y me le hubieran robado .. crees tú que no le encontraria? Le buscaria con avidez por todas partes, de dia y de noche, á todas horas, correria el mundo hasta encontrarle, preguntaria á cuantas personas viera, y al fin, dolidos de mí, me darian noticias suyas; porque quién tiene derecho á arrancar un hijo del regazo de su madre?... Nadie, nadie en el mundo. Vosotros los hombres no podeis comprender el amor que una madre tiene al hijo salido de sus entrañas, porque no sois mas que padres!

TOMAS. Si, Maria, lloro la pérdida de un hijo querido y una esposa amada!

MARIA. Cómo se llamaba tu hijo?

TOMAS. Arturo.

MARIA. Arturo has dicho?

TOMAS. Si.

MARIA. Yo tambien tuve un hijo que se llamó asi!

TOMAS. Y ese hijo, qué se ha hecho, qué ha sido de él?

MARIA. De quién, de mi hijo?

TOMAS. Si, de tu hijo, de tu querido Arturo.

MARIA. Murió.

TOMAS. Y si no hubiese muerto? y si aun viviera?

MARIA. Quién! mi hijo vivir? mi hijo! Já, já, já...

TOMAS. (Esa risa me asesina.) Maria, Maria, sábelo pues, si; tu Arturo vive, y Tomás tambien.

MARIA. Tomás tambien!... Tú estás loco. Murió en mi presencia, yo misma le ví caer y correr su sangre.

TOMAS. Y si su herida no hubiese sido mortal? si hubiese sobrevivido, si te buscara con anhelo por todas partes?

MARIA. Á mí?

TOMAS. Si; y Arturo tambien hubiera escapado de la muerte que le preparaban y quisiera abrazar á su madre? Conoces tú á la madre de Arturo?

MARIA. No.

TOMAS. Sabes cómo se llama?

MARIA. No.

TOMAS. Se llama Maria.

MARIA. Maria!

TOMAS. Si.

MARIA. Una pobre mujer que hace mucho tiempo que está loca?

TOMAS. No, no está loca; eso dicen sus enemigos, los que la

tienen encerrada, los que la quieren arrebatar su hijo.

MARIA. Arrebatarle su hijo! su Arturo! el hijo de sus entrañas!... Já, já, já, já...

TOMAS. (Infeliz! completamente ha perdido la razon! Toda la sangre de ese miserable no bastará á expiar su crímen.) Maria, no quieres abrazar á tu hijo?

MARIA. No, no le llames, no le digas nada: si viviera tal vez me maldeciria.

TOMAS. No, Maria, te recibiria con los brazos abiertos...

MARIA. No, no: se avergonzaria de llamarme madre, me rechazaria de su lado, me maldeciria... porque... estoy deshonrada!...

TOMAS. No, Maria, no; eso no es cierto; lo que me estás diciendo no es verdad: la madre de Arturo, Maria, la hermosa Maria no está deshonrada.

MARIA. Imbécil! Tú no puedes comprenderme.

TOMAS. Maria, vuelve en tí, descansa un momento y cuéntame luego la historia de Arturo. Quieres?

MARIA. Bien.

TOMAS. Sentémonos. (Cuál me late el corazon al verme cerca de ella despues de catorce años.) (Sentándose. Arturo baja, recatándose.)

ARTURO. (Oigamos.)

TOMAS. Quieres salir de aqui?

MARIA. No, me hallo perfectamente: si saliera de este sitio en que vivo hace tanto tiempo, si me atreviese á pisar los umbrales de aquella puerta, ¡pobre de mí! mi hijo me maldeciria desde el cielo creyéndome delincuente.

TOMAS. (Señor! Señor! dadla un rayo de luz; tened misericordia de nosotros.)

ARTURO. (Volved la razon á mi infeliz madre.)

MARIA. Conozco que tu alma es buena, y te compadeces del desgraciado, quizá porque tú tambien lo eres: oye. Yo me llamo Maria: mis padres murieron cuando apenas contaba once años: me acogió una parienta hasta que me casé, cuando apenas contaba diez y seis, con un pescador á quien prometí hacer feliz en la tierra; y mi amor le ha conducido al sepulcro. ¡Ay, por qué le conocí!

TOMAS. No, el hombre que tú crees...

MARIA. No me interrumpas si quieres saber mi historia, quizá luego no la recuerde, mi cabeza se trastorna, un dolor

agudo siento en mis sienes, y la calentura me abrasa: conozco que voy á morir y sin tener el consuelo de abrazar á mi hijo... Ay! ya no existe.

TOMAS. No, Maria, te equivocas, tu hijo, tu Arturo vive, hace poco tiempo que nos hemos separado y va á venir á buscarte.

MARIA. Á qué me engañas? Me le arrancaron de los brazos sin atender á mis ruegos, y desde entonces el inocente niño duerme, duerme para no despertar jamás.

ARTURO. (Madre mia!)

TOMAS. No sigues la historia, Maria?

MARIA. Ah! Si, oye: á los siete años de casada, un hombre, inmensamente rico, pasó por delante de mi cabaña, me vió, y se prendó de mí, segun me dijo despues: volvió al dia siguiente y me hizo una porcion de promesas que rechacé con indignacion, como igualmente su amor. Siguió yendo dias y dias, pero en balde; cada vez era peor recibido y tratado con ma dureza: hasta que una noche acompañado de otros hombres y despreciando la cólera divina, pues el rayo rugia sobre nuestras cabezas, me arrancó de allí con mi inocente hijo y asesinó cobardemente á mi marido. Desde entonces estoy padeciendo horriblemente: mi corazon está frio como el mármol, y mi cabeza arde como el volcan.

TOMAS. Descansa, descansa un momento, ¡pobre mártir! Quizá no está lejos la hora de la venganza.

MARIA. Ay! La cabeza se me parte: despues... no me acuerdo de lo que sigue despues...

TOMAS. Un esfuerzo!... procura coordinar tus ideas... Á ver...

MARIA. Si: despues me llevaron á una casa lujosamente puesta; multitud de esclavos me rodeaban, me servian y aun me parece que era envidiada; ¡yo envidiada! yo, que hubiera trocado mi suerte por la mas infeliz y despreciada! Me quitaron mis vestidos sustituyéndolos por otros de un valor enorme; pero nada de esto consiguió ablandar mi corazon, y las caricias de aquel hombre fueron rechazadas con mayor energia en el palacio que en mi pobre cabaña. Viendo que nada conseguia, me amenazó con la vida de mi hijo, y entonces... con vergüenza lo confieso, entonces tuve intenciones de ceder á aquel malvado, porque, ¿qué sacrificios no

hará una madre con tal de conservar la vida de su hijo?

ARTURO. (Madre mia!)

MARIA. Si, tuve intenciones de ceder, pero la sombra ensangrentada de Tomás se interpuso entre mi pensamiento y sir Roberto y no pude: mi lengua se negó á articular el horrible si, y mi hijo, mi inocente hijo, murió á manos de un asesino.

ARTURO. (No, madre mia, la Providencia me salvó la vida.)

TOMAS. No, Maria, no murió, un hombre generoso lo hizo desaparecer, y vive, todavia vive.

MARIA. No puede ser: me lo dices por consolarme, por mitigar mi dolor. Si es verdad que vive, por qué no ha venido á verme en tantos años? por qué no me ha sacado de aquí?

TOMAS. Y si le han hecho creer que sus padres le habian abandonado desde niño y despues habian muerto en la miseria? Durante tres años ha estado buscando nuestra tumba y hoy, al saber que existimos, ha roto un casamiento proyectado con la hija de nuestro verdugo.

MARIA. Nuestra tumba!... Que existimos!... Luego tú, quién eres?

TOMAS. Quién he de ser, sino el mismo Tomás!

MARIA. Mientes. Tomás hace muchos años que murió!

TOMAS. No, Maria, aun vivo para vengarte: la bala que iba destinada á darme muerte, solo me privó de la vista por algun tiempo causándome una herida bastante grave: poco despues de ser herido, un barco me recogió y me condujo á Méjico, donde gracias á la ciencia del médico que me asistió, volví á recobrar la vista, á ver la luz del sol, despues de tres años, tres largos años de contínuos padecimientos, de oscuridad, de martirios y de desesperacion. Cuando venciendo los mil obstáculos que á mi viaje se oponian, he vuelto á la Jamaica, nadie ha sabido darme noticias de tí ni de mi hijo, contándome solo mil cuentos forjados por ese malvado, para alejar toda sospecha. Desesperando de encontraros, entré de escribiente en la casa de Trouson, y merced á mi industria y trabajo, hoy tengo participacion en los negocios y una regular fortuna. No satisfecho de mis primeras indigaciones y deseoso de encontrarme frente á frente con mi adversario, volví

poco tiempo hace, y Dios se ha apiadado de mí, haciendo que vuelva á encontraros, ¡prendas queridas de mi corazon!—En cuanto á Roberto, la hora de la venganza ha sonado, y será terrible la que le preparo. Hace siete años que le espio sin cesar, le desbarato todos los negocios y está próximo á la bancarrota. Por mi causa tres de sus mejores buques han naufragado y uno de sus esclavos le ha robado hasta el último dollar, quitándole de ese modo todo medio de defensa. Pero no ha parado ahí mi venganza: al ir su hija á firmar los contratos de boda, por mi causa tambien, Arturo la ha rechazado delante de un centenar de personas; y la vergüenza y la pena la han sumergido en una grave enfermedad, á la que no sobrevivirá, pues la bebida que el mismo padre le hace tomar, dándosela por su propia mano, está envenenada por mí, y solo consigue con su imprudente celo, ser él el propio verdugo de su hija.

Arturo. (Inocente criatura, que paga los crímenes de su padre!)

Tomas. Te horrorizas, Maria, al ver cómo mi corazon se ha endurecido! yo tambien, pero he padecido tanto, he vertido tantas lágrimas, que mis ojos se han agotado y mi corazon se ha vuelto insensible. Tú misma, tú, cuánto has padecido, cuánto no padeces todavia?

Maria. Pues bien, venganza! venganza del mónstruo que me ha envilecido sumergiéndome en un sueño del que no despertaba sino por su voluntad! Me ha robado el honor y ha asesinado á mi marido! Pues bien, tú que eres su sombra, tú que no me desprecias como ese mundo á quien detesto, tú que conoces mi inocencia, tú me ayudarás.

Tomas. Si, nos vengaremos, pero será haciéndole padecer tanto como él á nosotros. No basta á mi furor arrojarle una espada y obligarle á defenderse, eso seria una muerte demasiado dulce, demasiado pronta; no, no, yo necesito verle padecer años y años, hacerle apurar hasta las heces el cáliz de la amargura, verle á mis pies implorando compasion, hacerle sufrir todos los horrores del infierno, y por último darle la muerte cuando nada le quede que sufrir.

Maria. Si; nos vengaremos! le matarás!

Tomas. Entre tanto, Maria, salgamos de aqui, marchemos en

busca de tu hijo.

MARIA. No! no salgo de este sitio! El mundo me execraria teniéndome por liviana, y mi hijo mi desgraciado hijo, me maldeciria desde el cielo.

ARTURO. Yo maldeciros, madre mia!

TOMAS. Arturo! Nos has estado escuchando!

ARTURO. Si, padre mio, todo lo he oido detrás de aquella piedra, y me he convencido de cuán noble y virtuosa es mi madre. ¡Madre de mi corazon! Ay! En qué estado la encuentro!

MARIA. Mi hijo vivo!... Mi Arturo!

ARTURO. (Arrodillándose.) Si, madre mia, vuestro hijo, vuestro Arturo.

TOMAS. Dios mio, dios mio! tened misericordia de nosotros; volvedla la razon! Que pueda abrazar á su hijo.

MARIA. Si: reconozco esas facciones, el fuego de esa mirada... Ay! mi corazon late con una fuerza extraordinaria... si... si... tú eres mi hijo. (Se deja al buen juicio de la actriz encargada de este papel la violenta y paulatina transicion con que se ha de manifestar el cambio que en su inteligencia figura verificarse.)

ARTURO. Madre mia! (Arrojándose en sus brazos.) Llorad, madre mia, llorad, desahogad vuestro afligido corazon en el seno de vuestro hijo, que os ha llorado perdida tantos años, y os encuentra al fin para no separarnos jamás... lo ois, madre mia? jamás. Saquémosla de aquí, padre, esta atmósfera mata, hagámosla respirar el aire puro, salvémosla; y mañana acusaremos al criminal ante los tribunales.

MARIA. Ay!... mi cabeza... mi frente se parte... Arturo... Tomás!... hijo mio!... Ay! (Rompe á llorar.)

TOMAS. Gracias, Dios mio, gracias porque os apiadasteis de nosotros! El llanto ha sustituido á la risa. Maria está salvada.

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Decoracion cerrada: puertas laterales y en el fondo. Juegos de armas, espadas y pistolas colgadas en las paredes. Muebles de todo lujo.

ESCENA PRIMERA.

DOMINGO.

No sé si es el suelo ó yo el que se menea cuando ando: por fuerza algun temblor de tierra nos amenaza. Apostaria cualquier cosa á que quien obra este milagro en mí es el aguardiente que me han hecho beber esos pícaros de esclavos. Como yo soy ya todo un hombre libre, he tenido que convidar á esos canallas, que chupaban de lo lindo. Ya se ve, cuándo se verán en otra: no todos los dias se compran esclavos para que se paseen y se les da dinero encima. La suerte, la suerte es quien lo hace todo, y yo la tengo muy buena. Uy! Dios mio! dónde me esconderé?... el amo Roberto! Ay si me pilla!... aqui me meto. Desde que soy libre le tengo mas miedo que cuando era su esclavo. (Se oculta tras los tapices de la puerta izquierda.)

ESCENA II.

ROBERTO. *Trae una carta.*

Por mas que repaso mi memoria, no comprendo quién pueda ser ese hombre. Lo que es cierto es que él se interesa en mi ruina; y no hay duda que es un enemigo encubierto. Cuánto tarda! Le he mandado llamar, por ver si contándome su historia, que tal me prometió el otro dia, puedo comprender algo. La carta de Dikson bien claro me lo anuncia. (*Lee.*) «Mi mas »querido y apreciable sir Roberto: Habiéndoseme pre»sentado ocasion de salir de vuestro poder, no he ti»tubeado en aprovecharla: de manera que cuando ten»ga el honor de que mis líneas sean leidas por vos, me »encontraré á una respetable distancia, donde vuestro »poder no alcance, por largo, por inmenso que sea. »Pero como siempre os he querido bien, y sigo que»riéndoos, voy á daros una prueba de cariño, contán»doos cómo la casualidad me hace viajar cuando me»nos lo esperaba. Hay un hombre á vuestro lado que »no ignora la aventura de la *Roca Negra*, ni que Maria »vive, y digo mas, á estas fechas la habrá visto. No ig»nora tampoco que el que hoy es un hombre de bien, »en la apariencia, fué ayer un pirata, y conoce nues»tro secreto. Este hombre me aconsejó que ya que vos »me robasteis cuando tenia, os pagara en igual mone»da; y yo, que siempre fuí dócil, me he guiado por los »consejos. Adios, mi mas querido amo: no me escribais, »porque he mudado de nombre y aun de fisonomia, y »seria muy probable no recibiera vuestra carta: recor»dad siempre nuestra antigua amistad, y pedid siem»pre á vuestro santo mas devoto, si teneis alguno, que »me dé suerte en mi largo viaje.—Dikson.» Me ha arruinado, me ha perdido y todavia se burla de mí! No importa: conservo la esperanza de que pronto estará otra vez en mi poder, y entonces...

UN NEG. El encargado de negocios de la casa Trouson.

ROB. Ah! ya está aqui. Que pase, y sirve ron y cigarros.

ESCENA III.

ROBERTO, TOMÁS. El Negro sirve lo pedido y se va.

TOMAS. Me habeis hecho la honra de llamarme.
ROB. Si, caballero, espero me disimulareis esta impertinencia, pues he menester pediros un favor.
TOMAS. Decid.
ROB. Tened la bondad de sentaros: mi hija va mejor y por lo tanto estoy contento.
TOMAS. Lo celebro: me habia informado antes del estado de Eloisa.
ROB. Gracias.—Espero que me hareis el honor de beber conmigo un ron esquisito, cosecha mia...
TOMAS. Dispensadme, pero...
ROB. No teneis excusa; ó creeré que sois enemigo mio y no quereis deberme nada.
TOMAS. Acepto entonces, para daros una muestra de amistad.
ROB. Sea.—Sabeis la gran desgracia que me ha ocurrido. Dikson...
TOMAS. Si: he oido hablar algo de eso: se os ha marchado, llevándose cosas de un valor enorme: pero eso es fácil dar con él y hacerle que vuelva preso...
ROB. Bebamos.
TOMAS. Bebamos.
ROB. Y del desconocido de la carta... del que os rogó la entregáseis por vuestra propia mano...
TOMAS. No, no he vuelto á saber nada; si yo hubiera podido comprender, que mi condescendencia habia de producir tantas desgracias para vos y para vuestra hija, nunca hubiera dado ese paso; pero, la verdad, creí que se trataba de una limosna, de una obra de caridad y creí que en aquel momento de gozo, era el mas oportuno... pero me engañé. No obstante, creo que todo se arreglará; Arturo conocerá su mala accion, y...
ROB. Nunca, caballero. Arturo no puede volver á pisar los umbrales de mi casa. Desciende de unos padres que...
TOMAS. ¿Habeis conocido á los padres de ese jóven?
ROB. (Ah! qué idea, si fuese... pero si cayó ante mi vista...) Deciais?...
TOMAS. Que si conocisteis á los padres...

ROB. Si. Los traté muy poco.

TOMAS. Y tengo entendido... que erais enemigos...

ROB. Irreconciliables... (No, no puede ser él. Algun pariente... Probemos.) ¿Y vos, los conocisteis?

TOMAS. No, pero he oido algo de su historia... Murieron muy pobres.

ROB. Si; muy pobres.

TOMAS. Y ese chico, cuanto hoy es, lo debe á la caridad...

ROB. Asi es.

TOMAS. Sabeis que teneis una armeria completa. (Examinando las armas.)

ROB. Si; regular. (No hay duda, este hombre sabe la historia de Maria y es el que Dikson me avisa: es preciso deshacerme de él á toda costa.)

TOMAS. Soberbias pistolas...

ROB. Son regalo... (Ejecutemos nuestro plan.) Cuidado, que estan cargadas.

TOMAS. Bonito juego de espadas! Vos sereis un gran tirador.

ROB. Nada de eso: apenas me defiendo. (Saca un pomito y echa unas gotas en la copa de Tomás, la llena y pasa á reunirse con él. Sale Domingo, cambia las copas y vuelve á su sitio.)

DOMINGO. (Hola, hola! chasco te llevas!)

ROB. Hay algunas cosas buenas, entre otras, este yelmo y esta gumia.

TOMAS. ¡Obras magníficas en verdad!

ROB. Pero sentémones, bebamos y contadme vuestra historia. Es preciso que me cumplais la palabra que me disteis el otro dia; y quizá os la pague yo con un relato.

TOMAS. Si ese es vuestro gusto, os complaceré en ello, porque á deciros la verdad, tengo gana de ensanchar mi corazon y desahogarle de un peso enorme que le abruma.

ROB. Bebamos para que cobreis ánimo y se haga mas llevadero el cansancio.

TOMAS. Sea. (Bebe Tomás, despues Roberto.)

ROB. Ah!

TOMAS. Qué? qué es eso?

ROB. Nada, nada. (Se ha perdido!)

DOMINGO. (Se ha salvado!)

TOMAS. Pasaré por alto la época de mis primeros años, pues que á nada conduce su relato, contentándome con deciros, que nací de padres pobres, pero honrados. Me

dieron un oficio, que yo quise elegir, y me casé con una mujer cuyo único dote era virtud y belleza. El cielo en recompensa de mis trabajos, me envió un hijo, que era mi delicia y que completaba mi felicidad. Cuán pronto pasó aquel tiempo de ventura, aquellas noches de verano, en que de vuelta de mi trabajo me esperaba mi esposa á la puerta de mi cabaña trayendo á mi hijo en brazos, los que me abrazaban al acercarme: cómo me acariciaba con sus tiernas manecitas, cuando su lengua apenas sabia pronunciar mi nombre!—Pasó este tiempo de ventura para no quedar de él mas que el recuerdo. Sediento de mi dicha un hombre, á quien detesto, trató de arrebatarme el cariño de mi esposa. Qué teneis, os poneis malo?

ROB. No, no es nada; un vahido. Continuad.

TOMAS. Trató, pues, de arrancarme el cariño de mi esposa, y una tarde en que volvia alegre á mi casa, porque mi trabajo me habia proporcionado mas utilidad que nunca, oí la voz de mi mujer que pedia socorro: encomendándome á la Vírgen remé con toda mi fuerza, y al ir á tocar la orilla, un hombre se presentó encima de las rocas y me dijo: «en vano la llamas; para tí Maria »ha dejado de existir.»

ROB. (Dice huyendo.) Ah! Es Tomás!.. el pescador!...

TOMAS. (Apuntándole con una pistola.) Quieto ahí! Habeis querido saber mi historia, y vais á tenerla que escuchar hasta el fin. (Roberto cae de rodillas.) No os movais ni griteis, porque hago con vos lo que vos hicisteis conmigo, solo que yo tendré mejor punteria.

ROB. No has muerto!

TOMAS. No, como ves.

ROB. Vives! (Pero no por mucho tiempo.)

TOMAS. Si, vivo: Dios impidió que tu infamia se llevase á cabo, y solo la bala me rozó la frente, y la pólvora me abrasó los ojos.

ROB. Perdon!...

TOMAS. Perdon, no le esperes; la hora de la venganza es llegada, y esta va á ser terrible: te estremeces, comprendo tu temor: temes que teniéndote en mi poder cometa un asesinato? no, no basta eso á dejar satisfecha mi venganza; necesito hacerte padecer tantos tormentos como me has ocasionado; que sufras tantos dolores co-

mo yo he sufrido; y por último, cuando no te quede nada que padecer, cuando hayas perdido cuanto en la tierra ames, cuando tus lágrimas se hayan agotado, cuando te vea solo, pobre, triste y despreciado, entonces será cuando disponga de tu vida. (Tira la pistola.)

ROB. Infeliz de tí, que te alimentas de ilusiones! Dentro de un breve rato te veré revolcarte á mis pies y pedir socorro; pero en balde, pues nadie acudirá á tu voz. He alejado á todos los criados y tu destino es morir. Creias, imbécil, que cuando se poseen secretos que pueden costar la vida y se lucha con enemigos como tú, no se tiene un veneno á mano para deshacerse de ellos? Crees que no estoy enterado de quién eres, cuáles son tus proyectos y tus esperanzas? Sé que tú eres la causa de todas las desgracias que me han sucedido; que tú preparaste el golpe que destruyó el matrimonio de nuestros hijos, y que tú, en fin, vas buscando mi ruina; pero yo, mas sagaz que tú, te he atajado en tu camino y he puesto fin á tu existencia. Si Dios te libertó de la bala que te iba dirigida, le desafío á que te libre del veneno que corre por tus venas. Si, Tomás, estás envenenado.

ESCENA VI.

DICHOS, DOMINGO.

DOMINGO. Os equivocais: yo, mientras estabais allí entretenido, cambié las copas, y sois vos quien va á morirse para siempre.

ROB. Maldicion!

TOMAS. Domingo, tú salvaste la vida de mi hijo, tú salvas ahora la mia; ven á mis brazos.

ROB. El infierno se conjura en contra mia! Un fuego interior me devora las entrañas! Es cierto, si, que estoy envenenado.

TOMAS. La Providencia, por segunda vez, salva mi vida y castiga tu último crímen! Pues tú lo has querido, oye antes que mueras lo restante de mi historia. Despues de haber sido herido por tí, caí desmayado en mi barquichuelo y no sé el tiempo que en él permanecí: cuando volví á recobrar los sentidos me hallaba á bordo de un

navio mercante que me condujo á Méjico. Despues de tres años de oscuridad y desesperacion, de duda y de incertidumbre, volví á recobrar la vista, y la primera palabra que pronuncié al volver á ver la luz del sol, fué: Venganza!! Durante catorce años me ha manntenido esa esperanza, y al tocar hoy á su fin, el corazon me rebosa de alegria, porque puedo volverte el daño que me has hecho. Si, Roberto: durante el tiempo que estoy en este pais he sido constantemente tu sombra; he seguido con precaucion todos tus pasos, y ni el mas leve de tus movimientos ha pasado para mí desapercibido.

ROB. Todavia me queda un consuelo, y es que Maria está loca, y todos los esfuerzos que hagas para unirte á ella serán inútiles, aunque descubras dónde se encuentra. Tambien á mí me queda el placer de la venganza!

TOMAS. Ni aun esa alegria quiero que lleves á la tumba. Sábelo: Maria, en el mismo subterráneo donde la tenias, ha recobrado la razon al abrazar á su hijo; y hoy empieza para ella una série de dias felices y tranquilos.

ROB. No, no es cierto eso: me lo dices para que mi desesperacion sea mayor; pero es mentira, pues la ciencia no ha podido volverla el juicio, no puede ser.

TOMAS. Dios puede mas que la ciencia y ha hecho este milagro. En cuanto á tu hija...

ROB. Respeta la vida de mi hija. Si para saciar tu venganza necesitas sangre, toma la mia; derrama hasta mi última gota, pero respeta su vida. ¡Duélate la angustia de un padre! Ten compasion de mí!

TOMAS. La tuviste, acaso, tú, la noche que me dejaste por muerto en la barca? La tuviste acaso, cuando Maria te hizo la misma súplica que acabas de hacerme? La tuviste, por ventura, de mi hijo, á quien mandaste arrojar en un precipicio? Á un niño que apenas contaba seis años!! No, Roberto; no la tuviste, y es necesario que te pague en igual moneda. ¡Crímen por crímen! ¡Hijo por hijo!

ROB. Perdon! perdon para mi hija!

TOMAS. Ya es tarde: tú mismo has sido su verdugo: tú mismo la has asesinado.

ROB. Horror!

TOMAS. El veneno corre por sus venas y tu destino y el suyo van unidos.

ROB. ¡Hija! de mi corazon!... Ay! Yo me ahogo!... Agua!... agua para apagar el fuego que me devora!... María! Arturo!... perdon!

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, MARIA, ARTURO.

ARTURO. Padre mio... Ah! sir Roberto... socorro!

TOMAS. Silencio! Cúmplase su suerte.

ROB. Maria! perdon!

MARIA. Ah! Tomás! no tengo valor para verle padecer!

TOMAS. ¡Mujer virtuosa, alma sublime, corazon generoso! ¡Recuerda tus desgracias y asi te gozarás en su agonia!

MARIA. Ah! no: yo le perdono y ruego á Dios tenga misericordia de su alma.

ROB. Yo muero... mi hija.. perdon... he sido muy culpable: te he hecho sufrir mucho... pero yo... muero... Ay! (Muere.)

ARTURO. Padre, vuestra venganza no debe pasar de aquí. Murió ese desgraciado, Dios lo dispuso, pero su hija, que es inocente, no debe ser responsable de los crímenes de su padre. Perdonadme, señor; habiéndoos oido decir en el subterráneo que el veneno corria por sus venas, la he salvado, valiéndome para ello de un antídoto.

TOMAS. La has salvado!

ARTURO. Si, padre mio: no puedo olvidar que la he amado; que la amo todavia.

TOMAS. Hijo de mi corazon! yo la perdono: sé feliz.

ARTURO. Gracias, padre mio, gracias. (De rodillas.)

TOMAS. No, no es á mí: á Dios es á quien debemos dárselas, pues nos ha conservado y nos reune hoy á los tres para ser felices. Y es que hay una Providencia que mira por el hombre, que castiga el crímen y defiende la virtud, como emanacion que es del mismo Dios.

FIN DEL DRAMA.

Habiendo examinado este drama, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.

Madrid 20 de Mayo de 1864.

El Censor de Teatros,
ANTONIO FERRER DEL RIO.

